

Palabra bajo palabra

Ángel GABILONDO PUYOL

Universidad Autónoma de Madrid

Recibido: 26/09/2005
Aprobado: 03/11/2005

Palabra. Es difícil no reempezar a escribir por ella, con ella. Inscribirse en lo que los otros tantos, tantos otros, vienen diciendo empieza por ser un acto de reconocimiento. Y no sólo a los que la han preservado, sino a los que la hacen nacer y crecer en cada ocasión, en la transmisión que la recrea. Somos de palabra, en la palabra. No parecerá mal citarse una vez más con quien dijo que la voz sirve para mostrar y expresar lo agradable y lo desagradable, el gusto y el disgusto, y la palabra para procurar lo conveniente y lo inconveniente, lo justo y lo injusto. Nos citamos así en la tarea de crear espacios en los que poder respirar, esperar, desear, vivir. Nuestra tarea es entonces construir la ciudad.

Palabra. Misteriosa palabra que tanto parece decir lo que nombra, como desdoblarse para mostrar la distancia de ella respecto de sí misma. En la palabra “palabra”, en su propia diferencia, se abren el tiempo y la historia. La palabra siempre tarda en llegar, se demora.

Palabra. La que no es, sin más, nuestra. La que tanto nos tiene como nosotros a ella. Más aún, la que jamás retendremos. Nos convoca, nos llama, nos invoca. Nos dice lo que nunca surge de un supuesto interior. Nos llega y se incorpora en el ejercicio, en la experiencia. Sólo el cultivo y la labor la hacen emerger.

Palabra. La de la paulatina elaboración de los pensamientos al hablar, la que no es mera consecución de una idea, ni un mero concepto, necrópolis de intuiciones, sino una concepción en la que se alumbraba a sí misma, se despliega, se desdobra.

¡Palabra! Resuena tanto como compromiso cuanto como promesa. Con ella nos involucramos e implicamos. Nos identificamos con lo que dice y se dice abrazado por ella. Cuando la damos, quedamos más prendidos de su suerte, de sus efectos, de su funcionamiento. Sólo al entregarla es algo nuestra.

Palabra. Nuestra fuerza, la que nos otorga buenas razones, aquellas de las que tanto carecemos, el afecto que requerimos, la pasión que nos falta, el aire que alienta nuestra fragilidad, el desafío para el aburrimiento y la indiferencia. La que nos trae en la lectura y la escritura el horizonte de nuestras búsquedas.

Palabra. Ni un mero vehículo, ni un puro instrumento. No se limita a ofrecer información o a ser un medio para intercambiar noticias. La palabra es relación, espacia la duración y procura nuevas posibilidades para entrelazar, vincular, unir. Como el *EROS* en Platón, trama lo más humano con lo más divino de cada cual y anuncia encuentros, aproxima sin fusionar. Es el enlace que nos nutre, confirma una distancia y la recorre sin eliminarla.

Palabra. La que nos entrega mundos ya articulados y vertebrados, presentes definidos, formas perfiladas. La que nunca es del todo desinteresada, aunque los intereses puedan ser legítimos, la que nunca es inocente, aunque no por ello haya de ser culpable, la que puede resultar contradictoria y no serlo necesariamente, la que viene a ser un campo de oposiciones y de paradojas, la que no siempre se ofrece como solución pero puede proponer una resolución, la que nos abre el espacio para preferir, elegir, decidir.

Palabra. La que en ocasiones se encuentra incómoda entre tantas disquisiciones y teorías sobre el lenguaje y los límites del mismo, enclaustrada en disquisiciones que confunden la habilidad con la eficacia, la utilidad con la rentabilidad. Acallada en nuestros marcos y referencias, perdida entre tanta propuesta coherente que sólo busca paliar efectos, es más que cada una de las lecciones de los autodenominados expertos.

Palabra. La que nos falta, la que tanto acompaña nuestros sueños como nos impide dormir, la que no es, sin más, un conglomerado de letras y sílabas. La que siempre está por venir y, sin embargo, nos afecta y nos produce llamaradas, nos daña y alivia. Los dolores de palabra son tan intensos como la experiencia de lo que carecemos, de lo que brilla por su ausencia. La palabra hiere y duele. La palabra acaricia, pero nunca posee.

Palabra. La de la conversación truncada, la de la dura incomunicación, la que nunca parece llegar, la que nos descorazona, nos desazona, nos incomoda, la fría, la cortante... pero tan nuestra.

Palabra. La de nuestra finitud. Efímera como nuestra vida, como nosotros mismos. No por ello casual y que irrumpe, hace, se desvanece. Nunca se dará una palabra de una vez por todas. Se va y queda como memoria, y no como simple recuerdo. Anuncia nuestra más probable posibilidad, la seguridad de nuestra carencia constitutiva.

Palabra. La de la libertad, la que es tanto de cada cual que nadie dirá en nuestro lugar, como nadie vivirá nuestra vida, ni morirá nuestra propia muerte. Tan singular e irrepetible que es lo que cada uno somos, aunque aún no lo seamos, ni lleguemos a serlo nunca del todo.

Palabra. La de la amistad, la del amigo y la de la amiga que nos importan, nos interesan, nos desconciertan, la que nos abre al otro y nos libera del inútil regocijo en lo que ya creemos ser, la que nos abre al aprender y nos libera de un interior ya sabido.

Palabra. La del aprender a ser otros que los que ya somos, a pensar lo que quizá no pensamos, a transformarnos, a hacer que el mundo y nuestro mundo sean diferentes. La que se alumbra como curiosidad.

Palabra. La que nos intercambiamos, la que nos damos unos a otros como don, dosis, trago, sorbo. La ajustada, la mesurada, la adecuada, la conveniente, la que es desbordante equilibrio. Palabra cuidada en la que nos cuidamos a nosotros mismos y en su cultivo cuidamos de los demás.

Palabra. La que nos congrega en una comunidad que incorpora a quienes, aislados, constituyen lo común de quienes no tienen comunidad. La que une sin aplanar, ni arrasar, la que surge como archipiélago, el de cuantos están vinculados por lo que les separa. La que nos hace compartir la soledad constitutiva.

Palabra. La que nos llama a modificar el actual estado de cosas, a no resignarnos, a no rendirnos, a no calificar como realismo la entrega sumisa a lo que ya está definido, perfilado, cerrado.

Palabra. La que nos provoca a hablar, a leer, a escribir, a conformar páginas, aldeas, tratados de paz, a abrir los márgenes, a desembarazarlos, a iluminarlos. La que nos invita a un retiro, a una distancia, a una accesión en la que ejercitamos a solas, tanto como para estar como nunca con los demás, para los demás.

Palabra. La que no es combustible para la discusión o el comentario, o arma arrojada contra el otro, sino cuyo principal altercado es la alteración que proviene de la asunción de la alteridad, de ese volverse al otro, que es un volverse de la propia palabra frente a sí misma, para verse afectada por el necesario juego de las palabras. El juego en el que la palabra se juega su suerte no es un juego de palabras, es el juego de la palabra.

Palabra. La de la respiración, la del ritmo, la del palpitar del corazón, la de la sangre, la que vierte, vertebra. Palabra verso, palabra versión.

Palabra aforismo, poema, ensayo... palabra de palabras, que no se reduce a ninguna de ellas y se dice en cada caso, dando que decir sin identificarse, sin más, con lo dicho.

Palabra. La que queremos compartir con quienes aman este cuidado, este ejercicio, esta experiencia, este aprender, esta voluntad de transformación, este enigmático desafío.

Palabra. La que está y queda por venir, la que se prelude con la escritura que es creación, invención de posibilidades de vida, de modalidades de existencia. Palabra poética que une sonidos y sentidos, que ofrece, en la materialidad de las letras y las sílabas, el llegar a ser de las cosas, que indica por dónde han de buscarse, que, sin huir, hace señales de su fuga.

Palabra bajo palabra.